

yuntiva de la emigración o la cárcel? Ciertamente, la lista no se cierra con estas fuerzas de la oposición. Habría que añadir todavía los antiguos soldados del coronel Zbiri y los innumerables ciudadanos descontentos, demasiado cansados —o demasiado pobres— para tomar parte en algo que signifique cambio. La partida, según puede comprobarse, no es nada fácil. Bumedian, desde hace tres años, juega sus

bazas, que son: la reestructuración del Estado, el despegue de la industria, la reorganización de la Administración. El tiempo, piensa, trabaja para él. Para franquear todas estas dificultades —manifestó recientemente—, necesitaría de algunos años de estabilidad política. Aceptada o impuesta, poco le importa esto último. Sus adversarios han querido, precisamente, impedirlo a golpe de metralleta.

GISCARD D'ESTAING

Un nombre para la presidencia

«Me presentaré a la presidencia de la República el día que me considere preparado». De este modo suele responder, en privado, cuando se le hace abordar el tema de la sucesión del régimen gaullista. Valéry Giscard d'Estaing, heredero de una importante familia de tendencia conservadora, preside en la Asamblea francesa el grupo de los republicanos independientes. Sus 42 años le permiten una cierta independencia de criterio respecto a

a París con la Cruz de Guerra, la «Bronze Star Medal» y con un enorme perro lobo adiestrado por las SS.

La guerra le ha hecho más maduro. En 1946 cuenta veinte años e ingresa en la Escuela Politécnica. Durante la campaña de Alemania quería «ir a las colonias para construir puentes». Sin embargo, a su salida del Politécnico se declaró apasionado de las tareas de Estado. Como su rango y posición familiar se lo permiten ingresa en la Es-



ESTADO MAYOR DE GISCARD D'ESTAING

mayoría gaullista y, más concretamente, respecto a Pompidou.

Giscard d'Estaing justifica de este modo el hecho de haber accedido a integrarse en la mayoría parlamentaria: «Aquel día —manifestaba a uno de sus colaboradores más próximos— decidimos engrosar las filas gubernamentales con la exclusiva pretensión de suceder al general De Gaulle». Y ahora, este hombre alto, de frente despejada, estrecho de hombros... y dientes largos hace depender de él la suerte de la mayoría gaullista en las votaciones de la Asamblea.

Nacido en 1926 en Coblenza (Alemania), Giscard d'Estaing pasa sus primeros años en el castillo de Varvasse, en Chalonat. En sus años de adolescente se rebela contra su medio, su familia y, en definitiva, contra el peso del dinero. A los diecisiete años, siendo alumno del liceo parisino «Janson de Sailly», sirve de enlace en la Resistencia. Entre sus compañeros encuentra a algunos comunistas con quienes pronto establecerá lazos de amistad. A su familia le inquietan estas amistades. Dispuesto a marcharse a Londres, sus padres le niegan el permiso. A los dieciocho años se alista en el ejército de Lattre y participa en las campañas de Francia y Alemania como oficial tanquista. Al acabar la guerra vuelve

cuola Nacional de Administración para salir, en 1952, como inspector de Hacienda. Vigente todavía la IV República, se muestra fascinado por Edgar Faure, según algunos por oportunismo. La elección del joven Giscard es reveladora. Lejos ya de la época de su rebelión familiar, acepta la línea política de sus progenitores —el centro derecha— y se casa con una rica heredera. En 1956 resulta elegido diputado por el departamento de Puy-de-Dôme. De este modo, a los treinta años, pasa a ocupar un escaño en el «Palais Bourbon», aunque de momento no puede optar a una cartera ministerial, puesto que las elecciones las ganó el «Frente Republicano» de Guy Mollet y Mendes France con un programa de paz para Argelia. Pero él se distingue por sus intervenciones de carácter técnico. Ya se sabe que será ministro pero, ¿cuándo? La caída de la IV República hizo posible que Michel Debré —como Primer Ministro— le nombrara secretario de Estado para las Finanzas en 1959 y, en 1962, titular de la cartera ministerial. Pero cuando De Gaulle —después de agradecer los servicios prestados a Debré— acude a Pompidou para que forme gobierno, continúa al frente de su ministerio.

Quedaron atrás los tiempos en que la guerra de Argelia suscitaba fuertes

art buchwald

EL DESCONSIDERADO HUMPHREY

WASHINGTON.—El inesperado anuncio hecho por el vicepresidente Hubert Humphrey de que aspira a la candidatura presidencial demócrata cogió por sorpresa a los periodistas. Humphrey ha sido acusado de oportunista y desconsiderado por los seguidores de los senadores Robert Kennedy y Eugene McCarthy, por haber esperado menos de un mes desde que el Presidente Johnson declarara que no aspiraba a la candidatura para hacer su declaración.

Uno de los dirigentes de la campaña de McCarthy, al ser informado de ella, dijo:

—Es típico de Hubert Humphrey el menospreciar todas las convenciones de la política y tratar de robarle la candidatura a Eugene McCarthy. Pero creo que el pueblo norteamericano verá claro a través de este intento de apoderarse del poder. Robert Kennedy tuvo, al menos, la decencia de enviar a su hermano Teddy a ver al senador McCarthy a las tres de la mañana antes de anunciar él su pretensión a la candidatura. Pero Humphrey no quiso enviar a su hermana.

Le pregunté a mi interlocutor si podría obtener una declaración de McCarthy y me contestó:

—El senador tendrá listo muy pronto un poema que dará a la prensa.

En el cuartel general de Kennedy las cosas iban peor. Un portavoz dijo:

—El vicepresidente está dividiendo al partido demócrata. Aún más que Eugene McCarthy. Si Bobby hubiera sabido lo que Gene pensaba hacer hubiera reconsiderado su posición.

Otro seguidor de Kennedy dijo:

—El vicepresidente espera aprovecharse del apellido Humphrey, pero pronto se dará cuenta de que el pueblo americano no marcha con eso. Y si cree que puede comprar las elecciones con los millones de Muriel está tristemente equivocado.

Le pregunté si pensaban que Humphrey podría cambiar esa imagen de hombre desconsiderado antes de la Convención Nacional Demócrata y me dijo:

—Sus amigos harán lo posible por hacerle aparecer como un buen tipo, pero no creo que sus esfuerzos les den resultado. No olvide que Humphrey estaba en el Senado cuando todos los teléfonos de Washington estaban interferidos, y no puede decir que no se había enterado de lo que estaba sucediendo.

Un tercer seguidor de Kennedy intervino entonces:

—Es posible que Humphrey tenga de su parte a los estudiantes, y que le destrocen las ropas o le tiren del pelo, pero me gustaría saber cómo se las arreglaría para traducir todo eso en votos contabilizables.

Otro de los seguidores de Kennedy, por su parte, achacó la entrada de Humphrey en la lucha a la fatiga, agregando:

—Si no hubiésemos estado todos tan cansados en mil novecientos sesenta nunca habríamos elegido a Lyndon B. Johnson como vicepresidente y él no habría elegido después a Humphrey para ese mismo cargo en mil novecientos sesenta y cuatro.

La Casa Blanca ha guardado silencio sobre la declaración de Humphrey y un portavoz de la misma ha dicho:

—Intentemos permanecer neutrales y trabajar por la paz.

—Entonces —le pregunté—, ¿por qué están pintando ese letrero de "Humphrey para Presidente" en el pórtico?

—Es sólo provisional, mientras llega de Nueva York uno en luz fluorescente.

—¿Hará el Presidente alguna declaración sobre su preferencia por algún candidato antes de la Convención Demócrata?

—Si usted fuera Lyndon Johnson y supiera cómo le ha servido cada aspirante a candidato, ¿cree que podría hacerlo?

(Copyright 1968, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya)

EN PUNTO

divergencias en el propio gobierno. El propio Giscard llegó a preguntarse en un determinado momento si no le resultaría conveniente jugar la baza de una Argelia francesa. Jacques Isorni llegó a acusarle de haber entablado contactos con la O.A.S. a través de un distinguido miembro de su gabinete, el enigmático B 12, que transmitía a Argel los acuerdos adoptados en los Consejos de Ministros. La acusación no pudo nunca ser probada y el aspirante a la presidencia continuó como ministro de Hacienda hasta enero de 1966, fecha del retorno al gobierno de Michel Debré. Desde entonces, su actitud ante el gaullismo fue de crítica abierta. En 1966 formula públicamente la exigencia de un «gaullismo reflexivo»; destaca el jefe de los republicanos independientes la necesidad de crear una doctrina que sirva para cuando desaparezca De Gaulle. A principios de 1967 —poco antes de las elecciones

presidenciales—, Giscard d'Estaing puso en órbita el slogan «De Gaulle? Oui mais», que provocó el calificativo del General de «petit miserable». En agosto de 1967, a raíz del viaje de De Gaulle a Canadá y de la toma de posición respecto al Oriente Medio, Giscard llega todavía más lejos; ataca «el ejercicio solitario de poder». Desde entonces, el objetivo de sus ataques será Georges Pompidou, otro de los aspirantes a la sucesión del General. Contra él se dirige ahora este hombre que no esconde su etiqueta de liberal y europeo —partidario del ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común— y muy convencido de sus propias posibilidades. La lucha entre los dos será francamente encarnizada. ¿Quién resultará vencedor? Eso forma parte ya de otra historia. Una historia donde la izquierda francesa tiene un importante papel que desempeñar. ■ C. K.

150 ANIVERSARIO

No sólo en los países socialistas, también la prensa occidental conmemora su aniversario. La UNESCO ha convocado un gran encuentro en París, donde desde Raymond Aron a Garaudy, Charles Frankel a Adorno, Marcuse, Levy Strauss, Althusser... enjuiciarán la obra filosófica de Marx, que desde hace años está siendo estudiada por teólogos cristianos como los padres Calvez, Chambré y Bigo, que han dedicado prácticamente la totalidad de su vida intelectual a la exégesis y el análisis crítico de la obra marxiana.



Una familia judía alemana, convertida al cristianismo, tuvo un hijo en mayo de 1818: Karl Marx. Estudiante en Bonn y en Berlín (1835-1841), recibió las doctrinas de Hegel (que tenía cuarenta y ocho años cuando él nació, y que moriría trece años después), principalmente la noción de dialéctica (método de pensamiento que procede por la oposición de términos contrarios: la confrontación de tesis opuestas produce una síntesis que equivale a la solución) que transformaría de idealista en materialista: «Mi método de dialéctica no solamente difiere por la base del método hegeliano, sino que es exactamente lo contrario» (Postfación de «El Capital», segunda edición, 1873). La dialéctica de Hegel —prusiano, estatista, totalitarista— significaba la glorificación de las cosas existentes; en Marx, «la concepción

negativa de las cosas existentes, la inteligencia de su negación total, de su destrucción necesaria» porque «toda forma hecha no es más que una configuración transitoria» y la dialéctica materialista es «esencialmente crítica y revolucionaria». La «síntesis» hegeliana no es una solución, sino que a su vez produce nuevos enfrentamientos dialécticos. «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Marx, «Tesis sobre Feuerbach»). Marx encontró su mejor colaborador en Engels, hijo de industrial, que fue a Londres para estudiar las condiciones de la «revolución industrial» y se preocupó, sobre todo, de las condiciones del trabajo y los trabajadores. Los dos juntos redactaron en Bruselas el «Manifiesto comunista» (1848), dirigido

principalmente a los socialistas alemanes exiliados. Marx se exilió en Londres en 1849 (estaba acusado de alta traición por su participación en los movimientos revolucionarios de Colonia) y allí pasó los últimos treinta y cuatro años de su vida, viviendo en plena pobreza que Engels aliviaba con la pensión que recibía de su padre; sus principales ingresos directos eran los artículos que publicaba en un periódico de Nueva York, y pasaba lo más extenso de su tiempo en la Biblioteca del «British Museum». Su obra fundamental, «El Capital», apareció en 1867; el segundo tomo fue completado por Engels después de la muerte de Marx. El «marxismo leninista», o aportación de Lenin a la obra de Marx, trata de enriquecerla con la realización de la ideología en

un país (Rusia), cuando las bases de su estudio estaban hechas esencialmente sobre la síntesis de tres sociedades industriales (Alemania, Gran Bretaña, Francia). Las últimas derivaciones del marxismo (China, Cuba o la recientísima Checoslovaquia) son consideradas por algunos como nuevos enriquecimientos de la doctrina de Marx; por otros, los más dogmáticos, como «heterodoxias» o desviaciones. La aportación del marxismo no se detiene en los países que lo han adoptado oficialmente; las sociedades capitalistas e industriales se han impregnado de marxismo, se han transformado a sí mismas, para mejorar la condición del asalariado, como en una «autovacuna» que les libre de la lucha de clases.

ECONOMIA ESPAÑOLA

Un diagnóstico que no resultó alarmista

El proceso de desaceleración del crecimiento de la economía española que se había iniciado en 1966, y al que se hizo referencia en el Informe Económico de dicho año —señala el Servicio de Estudios del Banco de Bilbao— ha continuado a lo largo de 1967 con características mucho más acusadas.

El primer resultado que se observa es la desaceleración en el crecimiento de la Renta Nacional, que habiendo aumentado el 7,4 por 100 en 1966 ha visto reducido su ritmo de crecimiento al 3,3 por 100 en 1967. El Producto Nacional Bruto, que había aumentado el 8,1 por 100, lo hizo en el 3,8 por 100 en 1967. Esta misma disminución de la tasa de crecimiento del Producto Nacional se ha debido fundamentalmente a la pérdida de ritmo de crecimiento del producto industrial, que ha descendido al 4,1 por 100. Paralelamente, los Servicios han disminuido también su ritmo de expansión, limitándose su crecimiento al 4 por 100, inferior al obtenido en años anteriores.

La tasa de crecimiento de la Inversión ha sido el fenómeno más acusado de estos últimos años. La Formación interior bruta de capital, que durante los años 1961 a 1966 había crecido a un ritmo anual del 18 por 100, ha descendido en 1967 a un 4,4 por 100 respecto al nivel medio del año anterior. Los índices de crecimiento de la producción e importación de bienes de inversión —publicados por el Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio— confirman ampliamente la situación crítica que atraviesa la economía española desde 1967.

INDICE DE PRODUCCIÓN E IMPORTACIÓN DE BIENES DE INVERSIÓN (Tasa de crecimiento en %)

	1966	1967
Inversión total	10,9	1,4
Inversión en bienes de equipo	13,8	0,8
Producción e importación de bienes de inversión	13,4	0,4
Producción de bienes de inversión	10,8	0,7
Importación de bienes de equipo	22,8	-0,6
Producción de bienes de equipo	15,2	-0,9
Producción de bienes de equipo para la industria	23,8	-8,9
Edificación y Construcción	7,8	1,9

Tras la devaluación de la moneda, a finales de 1967, y el Plan de Estabilización, esta situación parece agudizarse considerablemente. Los datos que ofrecen los últimos meses —recesión industrial, decaimiento del ritmo de inversión, paro, expedientes de crisis— son suficientemente significativos. La economía española atraviesa por momentos difíciles. Sólo los que hace unos años fueron infundadamente optimistas pueden mostrarse sorprendidos. Ahora, con más razón que nunca, adquieren plena validez las respuestas de la mayor parte de los economistas a una encuesta de nuestra revista, realizada a finales de 1966 y titulada «Alarma en la economía española». Los que en aquella ocasión nos acusaron de «derrotistas», etc., etc., han encontrado en la evolución de la economía española una contundente respuesta. ■ A. L. M.

RUEDA DE PRENSA Y MANIFESTACION

Casi al mismo tiempo en que el dirigente del N.P.D. —partido neonazi alemán—, Von Thadden, convocaba una conferencia de prensa en el hotel más elegante de Bonn para mostrar su optimismo por el resultado de las recientes elecciones de Baden-Württemberg —y por la marcha general de las actividades de su partido—, la capital federal concentró a treinta mil estudiantes en una marcha de protesta convocada por los dirigentes de la «oposición extraparlamentaria». Mientras Von Thadden exponía a los informadores nacionales y extranjeros el programa del N.P.D. para los meses venideros —en el que está prevista una «jornada nacional» para el día 18—, los jóvenes manifestantes protestaban pacíficamente por el proyecto de ley de Excepción que, en casos de crisis interior o exterior, pondría en manos federales la capacidad de decisión que detentan en la actualidad las tropas aliadas de ocupación. Portando banderas rojas, retratos de Marx y del dirigente estudiantil Rudi Dutschke, los manifestantes expresaban su temor de que, aprobada la ley, el país se viera envuelto en una nueva aventura análoga a la del III Reich. Algunas horas antes, Von Thadden anunciaba que su partido dispone de más de 200 millones de pesetas para hacer frente a las elecciones parlamentarias que, a su juicio, les proporcionará medio centenar de escaños en el próximo Parlamento. Nadie pone en duda que si se cumplen sus previsiones electorales, los dirigentes del partido neonazi serían los más interesados en la promulgación de esa ley que ahora combaten los estudiantes.

LA PELICULA DE LOS 5 OSCAR

«En el calor de la noche»

Al comentar hace varios meses «¡Que vienen los rusos, que vienen los rusos!» me atreví a profetizar que su director, Norman Jewison, seguiría, en lo sucesivo, en esa línea de comedia vagamente crítica, en vista del éxito que la película había tenido en todo el mundo, pese a que una obra suya anterior, «El rey del juego», le acreditaba como un director capacitado para la descripción de determinados climas dramáticos. Sin embargo, a partir de los cinco Oscar que ha cosechado su película «En el calor de la noche», habrá que pensar en el poco fundamento de aquella profecía. Incluso antes del copo de los Oscar, teniendo en cuenta

la aceptación que la película disfrutaba en los Estados Unidos, se pensó en hacer una serie, contando con los mismos personajes.

«En el calor de la noche» —TRIUNFO lo adelantó ya en el reportaje sobre los Oscar, antes de verse la película— es la típica «película-coartada». Ha tenido que producirse un acontecimiento extremadamente trágico, como es el asesinato de Martin Lutero King, para que la necesidad de fabricarse una buena conciencia impulsara a premiar esta película y desdeñar la supuesta violencia de «Bonnie and Clyde». El valor crítico del film de Arthur Penn es, en cualquier caso, mucho más